

se agitaban á merced del viento como si flotasen sobre el agua; la confusión era tal que parecía que ardiese fuego debajo de tierra. De pronto resonó un grito que se propagó por todas partes. «¡Los muchachos! ¡Los niños! ¡Adelante los niños!» Parecía una cosa convenida. Por todos los lados de la plaza hombres y mujeres levantaron niños en brazos y cruzaron por entre la muchedumbre, dirigiéndose todos hacia el Vaticano; los muchachos mayores se deslizaban entre las piernas de la gente, cogidos de la mano de diez en diez, de veinte en veinte; en pocos minutos, centenares de chiquillos, unos andando, otros empujados, otros llevados en hombros, todo un pueblo de criaturas escondidas hasta entonces, se encontró reunido en un ángulo de la plaza, mientras que las mujeres gritaban á más y mejor: «¡Cuidado!—¡Mi hijo!—¡Sitio, sitio!» Al poco rato resonó otro clamoreo más fuerte, más imperioso: «¡Las mujeres! ¡Las mujeres!» Nueva confusión y nuevas oleadas de la multitud para abrir paso. Después un tercer grito más formidable: «¡El ejército! ¡Los soldados! ¡Adelante!» Y otra vez un remolino indecible, pero en todas partes á un tiempo, rápido, resuelto; ninguna de las dificultades y de las paralizaciones que se ven en tales casos; y todos se atareaban y contribuían al objeto; era una fuga, un ímpetu á la vez que un acuerdo maravilloso; parecía que aquella innumerable muchedumbre estaba ordenada y amaestrada. Poco á poco fué cesando el movimiento, cedió el griterío, se bajaron los brazos, todos miraron alrededor y se vió que habían desaparecido como por encanto los niños, las mujeres y los soldados. Todos estaban á un lado de la plaza, divididos en tres grandes grupos, desde la puerta de San Pedro hasta la mitad de la columnata, vueltos hacia el Vaticano, apiñados é inmóviles. La multitud prorrumpió en un aplauso estruendoso.

— Pero ¿y el Vaticano?, preguntó por tercera vez la familia unánime.

— Siempre cerrado y silencioso como un convento; pero aguardad. De repente el aplauso cesó, volviéronse todas las cabezas y resonaron murmullos. «¡Silencio! ¡Silencio!» Esta palabra circuló hasta el fondo de las dos calles que desembocan en la plaza. El murmullo cesó de allí á poco por completo, siguió una pausa, un silencio como no hubiera creído que pudiese reinar entre tanta gente; era algo sobrenatural. En medio de aquel silencio pareció oirse de improviso un ligero vocerío que no se comprendía lo que pudiera significar; un sonido vago, confuso, como si viniese de lo alto; poco á poco, insensiblemente, fué creciendo; primeramente se elevaban voces aquí, luego allá, luego más lejos, inciertas, discordantes; después más unidas, más resueltas; por último, como por encanto, confusas, y se elevó al cielo un solo canto trémulo, argentino, suave, como la voz de una legión de ángeles. Eran millares de niños que cantaban el Himno á Pío IX de 1847.

— ¡Oh Dios mío!, exclamaron la madre y las hijas juntando las manos.

— Aquel canto nos repercutió á todos en el corazón, llegó hasta tocar lo más tierno y sensible que tenemos en el fondo del alma; la muchedumbre parecía sentir un fuerte estremecimiento; se veía una gran agitación de brazos y manos como de quien quiere hablar y no puede; no se oía más que un murmullo confuso. «Padre Santo, parecía como si quisieran decir todos, mirad, oíd, son nuestros hijos, los vuestros, que os buscan, os invocan, imploran vuestra bendición; son álmās inocentes; dad oídos á sus voces; bendecidlos; haced que la patria y la fe sean un solo sentimiento en sus corazones; una palabra vuestra, Padre Santo, un ademán, una mirada que anuncie el

perdón y la paz, y estaremos con vos, para vos, todos, ahora, siempre, por siempre! ¡Son nuestros hijos, los vuestros!..» Millares de banderas ondeaban, cesó el canto y reinó un profundo silencio.

— ¿Y qué pasó?, preguntaron todos afanosos.

— El Vaticano seguía cerrado. Resonó el canto de las mujeres: se percibía un estremecimiento profundo en aquella inmensa voz; se notaba algo que emanaba solamente del seno de las madres; parecía más bien un grito que un canto; era suave y solemne. A las primeras notas, la gente se quedó inmóvil; al poco rato comenzó á agitarse, como movida por un ardor irresistible; los gritos cubrían casi el canto. «Son nuestras madres; decían, nuestras esposas, nuestras hermanas. Padre Santo, escuchadlas; en su corazón no ha habido jamás odio ni ira; siempre han amado y esperado; creen y rezan; os piden el poder enseñar á sus hijos vuestro nombre junto con el de Italia. Padre Santo, una palabra vuestra les ahorrará muchas dudas dolorosas y muchas lágrimas amargas; ¡benedicid á nuestras familias, Padre Santo!

Los oyentes siguieron interrogando al joven con la mirada y con el ademán.

— Cerrado, siempre cerrado. Pero entonces resonó un canto fragoroso y acelerado, al cual siguió un nuevo y más violento bullicio; eran los soldados. «Son nuestros soldados, decían todos entre sí, serán los vuestros; son los hijos de los campos y de los talleres; ellos velarán á vuestras puertas y escoltarán vuestros pasos, Padre Santo; han nacido en vuestra tierra, han oído cuando niños vuestro grito sublime de libertad, y pelearon contra el extranjero con vuestro nombre y con el del rey en los labios y en el corazón; bendecidlos; los encontraréis agrupados alrededor de vuestro trono en la hora del

peligro, prontos á morir; una palabra, Padre Santo, y estas espadas, estos pechos, esta sangre son vuestros. ¡Os piden la bendición de la patria! ¡Recordad, Padre Santo, vuestro grito sublime!» En esto se abrió una ventana del Vaticano. Entonces cesó el canto, callaron los gritos y todo quedó en silencio. Hubo un instante en que pareció que toda aquella muchedumbre había reprimido el aliento. En la ventana no había nadie; luego se vió como si se moviera una sombra, pero dentro, en el fondo, y en seguida desapareció. Parecía que se veía pasar gente y percibir algún ruido. Todas las caras, todos los ojos estaban fijos, inmóviles hacia allí. De pronto, todo el gentío, como inspirado, alargó con movimiento unánime los brazos en dirección al palacio, millares de mujeres levantaron en alto sus hijos, los soldados alzaron sus sombreros en la punta de las bayonetas, tremolaron las banderas, y cien mil voces gritaron á una: «¡Viva!, ¡viva!» Entonces en la ventana del Vaticano apareció algo que se movía, ondulaba, brillaba... ¡Dios eterno!, exclamó el joven abrazándose á su madre: ¡era la bandera italiana!

Describir la satisfacción, la alegría, el entusiasmo de aquella buena gente es imposible. El joven había hablado con tanto calor, se había enamorado tanto de su mismo engaño, que ya ni siquiera echaba de ver que inventaba, y lo cierto era que tenía húmedos los ojos y le temblaba la voz. Por esto también ni siquiera pasó una sombra de sospecha de aquella superchería por la mente de sus padres y de sus hermanas. Se abrazaban, reían y lloraban. ¡De cuántas dudas, de cuántos escrúpulos, de cuántas luchas dolorosas entre su corazón de italianos y su conciencia de católicos se veían libres! ¡La conciliación entre la Iglesia y el Estado! ¡El sueño de tantos años! ¡Qué tranquilidad de ánimo en lo sucesivo! ¡Qué hermosa vida de

amor y de concordia! ¡Con qué libertad, con qué seguridad respirarían ya! «¡Bendito sea Dios!» exclamó la madre, dejándose caer en una silla, quebrantada por la emoción. Y en seguida todos se acercaron al joven cogiéndole las manos y acariciándole.

— ¿Pero es verdad?

— ¿No es un sueño?

— Prosigue, cuéntalo todo; ¿que ha hecho el Papa, qué la gente?..

— No podré deciros fijamente lo que luego sucedió, contestó el joven con voz cansada; ya no me acuerdo: hubo tal explosión de gritos, fué aquello un estruendo, un frenesí, un delirio tales, que sólo al pensar en ello se me confunden las ideas. Ya no vi á mi alrededor más que brazos y banderas levantados que todo me lo ocultaron. Un codazo que recibí en el pecho en uno de aquellos terribles remolinos de la multitud, me dejó casi sin respiración. Al poco rato me pareció estar algo más ancho y me metí por una de las calles que van á parar al puente para salir cuanto antes de aquella confusión. Desde todas las vías del Borgo Pío el pueblo se precipitaba gritando en la plaza. Díjose después que la muchedumbre se había lanzado á las puertas del Vaticano para invadirlo; los soldados la habían contenido primero con el cuerpo, luego á fuerza de puños y por fin con las armas; hablábase de gente que había quedado asfixiada en aquellas apreturas. Por ahora no se sabe lo que pasó dentro del Vaticano; decíase que el Papa había dado su bendición desde la ventana. Yo no lo vi; quebrantado, sin fuerzas, llegué al puente y lo crucé. Continuaba acudiendo gente por todas partes, atraída por la noticia del gran suceso que se había propagado con la rapidez del relámpago. Numerosas secciones de caballería se acercaban al trote, y por las calles

corrían guías y ayudantes de campo comunicando órdenes y gritando. La gente respondía desde los balcones. Viejos decrepitos, enfermos, mujeres con niños en brazos, se asomaban á las azoteas, bajaban á la calle, preguntaban, se maravillaban, se besaban... Yo llegué al Corso. De pronto se oyó un ruido terrible por la parte del Pincio, luego otro por la de la Puerta Pía y después otro por la de la Puerta de San Pancracio: eran todas las baterías del ejército italiano que saludaban al Pontífice con una salva estruendosa. Al poco rato se oyeron los toques de la campana del Capitolio, y á continuación las de cien iglesias que se confundieron en un concierto grandioso. La muchedumbre del Borgo Pío se dirigió con ímpetu desenfrenado á la izquierda del Tíber, invadió en un momento calles y plazas y casas; descubrió los escudos papales que habían sido tapados, llevó en triunfo bustos de Pío IX, retratos, banderas; millares de personas se detuvieron delante de los palacios de los patricios romanos más conocidos por su adhesión al Pontífice y prorrumpieron en aplausos, y aquéllos salieron á los balcones y pusieron en ellos banderas italianas... Pero dejadme respirar un momento.

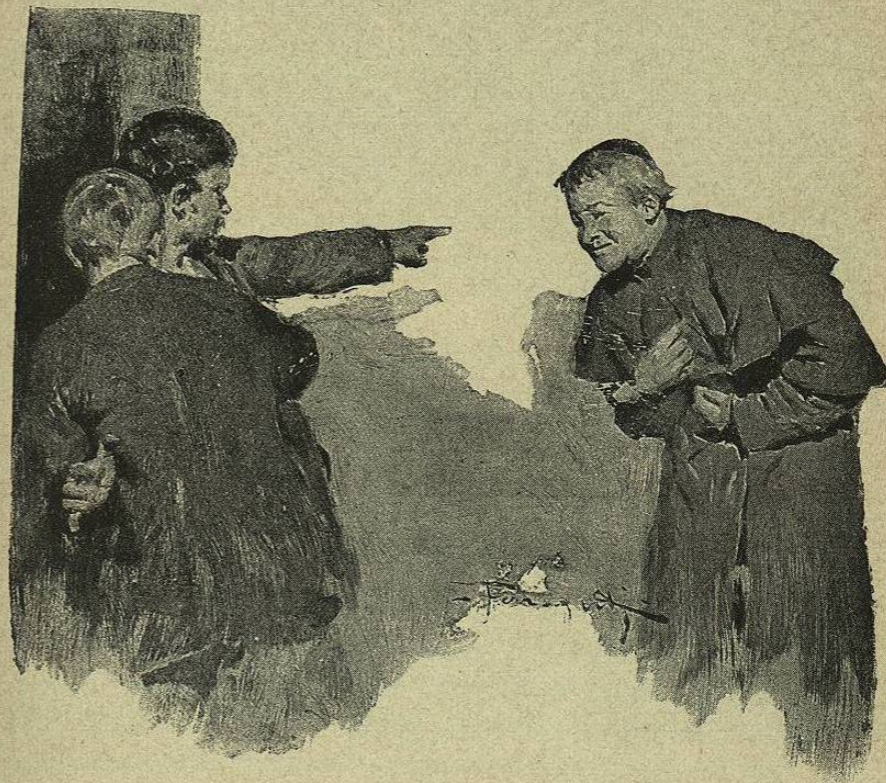
Cuando hubo cobrado aliento, todos volvieron á asediarle á preguntas: «¿Y después? ¿Y el Vaticano? ¿Y el Papa?»

— No lo sé... No os hablaré del aspecto hermoso, grande, maravilloso que presentaba Roma por la noche. Hacía un tiempo magnífico, y hubo una iluminación como no se ha visto desde que el mundo es mundo: el Corso parecía todo de fuego; las iglesias estaban llenas de gente oyendo los sermones de los sacerdotes; en las calles músicas, cantos, bailes, ciudadanos que hablaban al pueblo en los cafés y en los teatros. Quise ver otra vez la plaza de San Pedro; había corrido la voz de que Su Santidad necesitaba reposo: Borgo Pío esta-

ba silencioso como en una de las noches más tranquilas; la plaza iluminada por la luz de la luna, una muchedumbre callada reunida alrededor de las dos fuentes y de las escalinatas, unos sentados en el suelo, otros tendidos; una gran parte, los más rendidos de fatiga y como resultado de las emociones del día, dormían; mujeres, soldados, niños, estaban confusamente mezclados, centenares de personas arrodilladas, y á trechos centinelas de todos los cuerpos con banderines y cruces metidos en el cañón del fusil. El terreno estaba sembrado de banderas, hojas, flores y sombreros perdidos en la confusión; las ventanas del Vaticano iluminadas; no se oía una voz; parecía que toda aquella gente contuviese la respiración. Marchéme de allí conmovido, exaltado, pensando en todo lo que había visto, en el efecto que causaría la noticia en Italia, en el mundo, en vosotros, en ti, especialmente, padre mío; me encontré en la estación casi sin notarlo; era una confusión, un vocerío atronador; subí al tren, emprendió la marcha y aquí me tenéis. La noticia llegó anoche á Florencia; me dijeron que aquello fué un delirio; el rey ha partido para Roma; la noticia ha circulado ya por toda la tierra.

Al llegar aquí se dejó caer en una silla y se quedó como quien no tiene aliento. Luego se levantó de repente y corrió á interceptar los periódicos que debían llegar á la quinta á las once, de suerte que la familia conservó su grata ilusión hasta la noche. La comida fué muy alegre: el joven continuó añadiendo detalles sobre detalles, y la madre y los demás satisfacciones sobre satisfacciones, bendiciones sobre bendiciones. De pronto se oyó un paso precipitado por la escalera y un fuerte campanillazo. Abrióse la puerta, y se presentó en el umbral un cura alto, flaco, pálido y con la boca torcida. Era un sacerdote irascible; á quien conocía la familia hacía muy

poco tiempo y que no le inspiraba gran simpatía, pero al que respetaba y recibía en la casa por deferencia al hábito más bien que á la persona. Todos, excepto el joven, acudieron á su encuentro, gritando: «¿Qué nos dice usted? Ya sabrá la gran no-



¿Yo?, contestó el sacerdote

ticia. A Dios gracias, todo está arreglado. Aquí se ha visto la mano de Dios. ¿Qué le parece á usted?»

— Pero ¿qué noticia es esa?, preguntó el cura mirándolos uno por uno con ojos extraviados.

Todos le refirieron apresuradamente lo de las fiestas, del perdón y de la conciliación.

El cura los miró como quien teme hallarse en medio de un grupo de dementes; luego dirigió una fulgurante mirada al joven y exclamó con maligna sonrisa de triunfo:

— Afortunadamente, no hay en todo eso una palabra de verdad.

— ¿Que no hay una palabra de verdad?, exclamaron todos mirando al joven.

Éste, sin desconcertarse, miró al cura, y con acento mezclado de tristeza y de desdén le dijo:

— Reverendo padre: no diga usted afortunadamente. Usted es italiano, y por consiguiente debe decir más bien: ¡Lástima que no sea verdad!

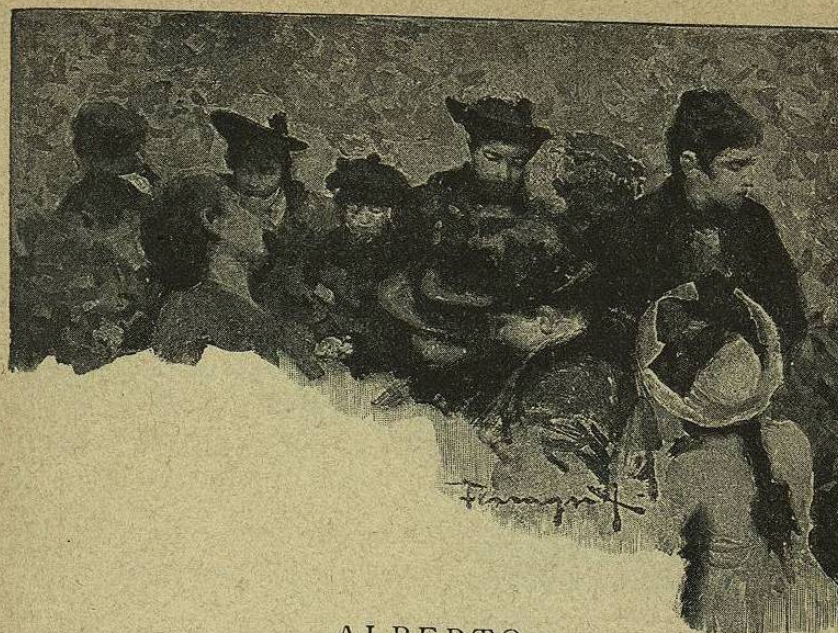
Todos se quedaron un momento como aturdidos; pero luego, volviéndose al cura, y enojados, como suele suceder, más bien con el que les había quitado la ilusión que con el que se la había dado, repitieron casi involuntariamente:

— Es cierto. Diga usted más bien: ¡Qué lástima!

— ¿Yo?, contestó el sacerdote aplicándose al pecho un largo dedo nudoso, y añadió con voz acre y vibrante: ¡Yo jamás lo diré!

Al oír estas palabras, el viejo, herido bruscamente en el dulce sentimiento que lo exaltaba, perdió como de costumbre la paciencia, y extendiendo el brazo hacia el cura, dejó escapar un «¡Fuera de aquí!» que resonó en toda la casa.

El cura desapareció cerrando la puerta con ímpetu. El joven abrazó á su padre, el cual, poniendo las manos sobre la cabeza de su hijo, exclamó con acento triste y afectuoso: «¡Te perdono!»



ALBERTO

I

Daba gusto ver el jardín de la plaza de Azeglio la noche de un día de primavera, hace dos años, cuando Florencia era todavía capital. Acudían allí centenares de niños, muchos de ellos de familias florentinas, pero en su mayoría de familias de empleados de todas las provincias; era el punto de reunión de los italianos y de las italianas más pequeños y más bonitos, conducidos á aquella ciudad por el Parlamento, los ministerios y las demás instituciones del Estado: la flor de la inocencia y de la alegría de la capital. Las madres, las ayas, las niñas estaban sentadas en los bancos á derecha é izquierda de las calles de árboles; los niños corrían por ellas, y en el centro del jardín tocaba la banda de música. Hasta el anochecer aquello